

CONTESTACIÓN AL DISCURSO DEL ILMO. SR. D. ANTONIO OJEDA CARMONA

ÁNGEL AROCA LARA
ACADÉMICO NUMERARIO

En la reconfortante variedad de los humanos, hay, sin duda, gente para todo —ya lo dijo aquel cordobés agudo y sentencioso que fue Rafael Guerra, cuando le aclararon que Ortega era filósofo—. Unos buscan la fama con la avidez de Eróstrato, que en su locura obsesiva llegó a incendiar el templo de Diana en Efeso sólo por pasar a la Historia. Otros, por el contrario, procuran transitar por este mundo de puntillas, sin hacerse notar y desdeñan invertir un ápice de su energía para fabricarse un nombre. Entre ambos extremos hay infinidad de matices, quizás tantos como humanos poblamos este mundo. Pero si hubiéramos de encuadrar al recipiendario en uno de los estereotipos descritos, no dudaríamos en vincularlo al segundo.

Reconozco que en mi juventud llegaron a deslumbrarme quienes militaban en el primero, pero son tantos los pedestales que he visto derrumbarse con el paso de los años, que ya no tengo ídolos entre esa grey que, por lo común, suena mucho más de lo que vale. Ahora no es el brillo lo que admiro, sino la bondad y la sencillez, la abnegación y el trabajo bien hecho, la hidalguía, la honradez, la discrección...; prendas todas ellas que he reconocido en don Antonio Ojeda Carmona a lo largo de nuestra convivencia en la Academia.

Muy fatuos habríamos de ser los académicos de la Real de Córdoba para creer firmemente y sin asomo de duda que, en los tiempos que corren, nuestra institución sigue siendo la principal depositaria del saber de esta ciudad. Hoy, gracias a Dios, no somos ya los únicos que en ella alentamos la investigación y trabajamos por la promoción cultural de los cordobeses. Este anhelo nuestro, ya casi bisecular, es ahora compartido por varias instituciones y entidades, tanto locales como autonómicas, cuyos nombres están en la mente de todos.

La Academia, no obstante, sigue teniendo la primacía en algunas de sus ya viejas y acrisoladas aspiraciones que, incrustadas en el sentir colectivo del Cuerpo Académico, conforman la propia esencia de nuestra Corporación y son reconocidas como signos distintivos de la misma. Tal es el caso, por ejemplo, de nuestra permanente fidelidad a don Luis de Góngora, sustanciada, hace tan sólo

unos días, en la solemnidad y brillantez de los actos con que conmemoramos el CCCLXVII aniversario de la muerte del poeta.

La Academia desea vivamente —y creo que lo está demostrando día tras día— acomodar su ritmo a los tiempos, pero no está dispuesta a renunciar a lo que es irrenunciable por principio. De aquí que pretenda seguir dando testimonio de generosidad y altruismo, de trabajar exclusivamente por amor a las Ciencias, las Letras y las Artes, de servir a Córdoba sólo por el honor de servirla, de saber estar siempre, pese a que, en la inversión de valores que padecemos, no sean éstos, precisamente, los que están en alza.

Si queremos mantener unas señas claras de identidad cuando ya no podemos arrogarnos el ser los principales depositarios de la ciencia, quizá debamos poner el acento en salvaguardar los referidos valores. Estoy seguro de que, si somos capaces de hacerlo con gallardía y convencidos de su bondad esencial, nada ni nadie podrán eclipsar el fulgor de la Academia. A lo más que habremos de exponernos es a que nuestros enemigos tradicionales hagan lo que han hecho siempre, tildarnos de trasnochados por nadar contra corriente para no hundirnos en el fango.

En esa Academia de caballeros de las Ciencias, las Letras y las Artes, que entiendo debe ser la nuestra, don Antonio Ojeda Carmona ha venido haciéndose acreedor a un puesto, día tras día, desde el 18 de mayo de 1974 en que ingresó como Correspondiente en Córdoba por la Sección de Nobles Artes.

Durante estos veinte años, el recipiendario se ha distinguido por su permanente deseo de servir a la Institución, acometiendo todas las tareas que se le han encomendado con celo encomiable, y muy especialmente por su saber estar, por su reconocida caballerosidad. Siempre se ha plegado con absoluta serenidad y modestia a que muchos de los llegamos a la Academia después que él le hayamos precedido en alcanzar la condición de numerarios. Jamás le hemos conocido un reproche; bien al contrario, hemos visto su complacencia en cedernos el paso cortés y generosamente.

En votación celebrada el día 20 de enero pasado, el Cuerpo Académico lo eligió unánimemente para ocupar la vacante que dejara tras su muerte el escritor Amadeo Ruiz Olmo y, poco después, entregó su discurso de ingreso. No obstante, los actos programados con anterioridad y el deseo —no explícito pero a buen seguro compartido por esta Dirección y el recipiendario— de celebrar la sesión necrológica del académico fallecido antes de la recepción del nuevo, han retrasado por unos meses el acto que hoy nos congrega. Sometiéndose a ello y aceptándolo de buen grado, don Antonio Ojeda Carmona no ha hecho sino ratificar su desprendimiento y elegancia moral.

Valoramos especialísimamente estas cualidades del recipiendario porque le cuadran a la Academia que queremos; y si las hemos destacado en nuestra contestación ha sido porque quizá constituyan una faceta de su personalidad menos conocida para la mayoría. No obstante, queremos dejar bien claro que no son ellas las que le abrieron las puertas de la Academia hace veinte años, ni las que hoy lo consolidan en la misma como Miembro de Número. Lo uno y lo otro se debe, sobre todo, a un buen hacer en el campo de la pintura.

Debería ahora hacer relación de sus numerosas exposiciones, de sus premios,

de los juicios que ha emitido la crítica sobre su obra, de su importante labor como ilustrador y muralista; pero no es fácil resumir casi cincuenta años de dedicación a la pintura. Por ello y porque desdeño que la frialdad del dato pueda romper el hilo de reconocimiento íntimo que he perseguido en esta contestación, me limito a ofrecerles las impresiones de mi primera visita al estudio del pintor, que redacté para el catálogo de su última exposición:

Era una de esas tardes en las que ya se anuncia la primavera de Córdoba: radiante, quieta, silente, armónica...; casi perfecta. Una tarde que invitaba a adentrarse en la sierra inmediata sin otro objetivo que el solazarse y dejarse envolver por su brisa preñada de fragancias. Tomé el camino de Santo Domingo de Scala Coeli con el ánimo de pasear hasta la caída del sol por los alrededores del monasterio. No obstante, a poco de iniciar la ascensión, vi las tuyas que cercan «El Arráyan» y recordé que Antonio Ojeda, amigo entrañable y compañero en la Academia, me había invitado hacía ya tiempo a visitar su estudio. Era ésta, sin duda, una buena ocasión para hacerlo; mi paseo sobre las huellas de San Alvaro podía esperar. Decidido ya al alterar mis planes, detuve el coche y me llegué hasta la verja de la casa.

Allí, en el jardín, estaba el pintor apresando en el lienzo la efímera belleza de las flores de un pacífico y el olor acre de la esencia de trementina sofocaba el persistente aroma del azahar de los naranjos. Lo observé por unos instantes en silencio, sin atreverme a interrumpir su apasionado diálogo de verdes y corintos con aquel arbusto joven que hundía sus raíces en un parterre fértil, cuidado con esmero y esponjado en las aguas purísimas de la Sierra de Córdoba.

El silencio, sólo importunado por el gorjeo perseverante de los gorriones, se derramaba perezoso, desde las copas de los árboles inundándolo todo, y en algún lugar próximo los celindos, zaheridos por el sol tibio de la tarde, exhalaban generosos su perfume. Allí, en aquella callada armonía, estaba, sin duda, una de las claves del saber estar de Antonio Ojeda, de su perenne huir de la discordia, de su acrisolada caballeridad, de esa paz envidiable que irradian tanto él como sus obras.

Mientras observaba furtivamente al pintor en su trasbordar los colores de la paleta al lienzo, recordé a Monet en Giverny, en aquel jardín creado por el artista con la intención de que fuera su obra maestra, afanándose en retener los efímeros destellos de la luz sobre las aguas del estanque para alumbrar la fabulosa serie de las *Ninfeas*. Tuve entonces la certeza de que el jardín de «El Arrayán» era obra de Antonio, fruto de su paz interior, espejo inequívoco de su discreción, de su íntima comunión con esa estética cimentada en la armonía que, desde Apeles a Picasso, ha seducido a todos los grandes artista del Mediterráneo.

Llamar la atención de Antonio e interrumpir su proceso creador se me antojaba una auténtica profanación y, por otra parte, me sentía cómodo contemplándolo a hurtadillas absorto en su mundo sublime. Por fin, la necesidad de reponer el óleo en la paleta le forzó a interrumpir su idilio vespertino con las flores del pacífico y, al descender a la cotidianidad, advirtió mi presencia.

Hubiera querido seguir en el jardín viéndolo pintar, pero me invitó a pasar al estudio. Seguramente Antonio sentía la necesidad imperiosa de mostrarme su pintura, de hacerme partícipe de ella, porque sabe muy bien que el arte sólo tiene

pleno sentido cuando alguien lo contempla, cuando surge la comunicación y el espectador capta el mensaje que, consciente o inconscientemente, ha vertido el artista en sus obras.

Aquel obrador, pulcro y ordenado al igual que el jardín que me había subyugado poco antes, era también un reflejo fiel de la personalidad de Antonio Ojeda. Allí se amalgamaban, en armonía perfecta, los frutos de su creación de épocas pasadas con obras de otros artistas, bellísimas piezas de cerámica y algún que otro objeto antiguo: objetos, todos ellos, de un gusto excepcional que ponía de manifiesto la fina sensibilidad de nuestro anfitrión.

Tras saborear el café que nos ofreció gentilmente Manola, Antonio comenzó a mostrarme los cuadros de su próxima exposición en la «Galería 2000». Estos, en su mayoría, no eran sino una prolongación del cuidado jardín del artista. Allí estaba la setcreasea púrpura en connivencia con las piñas de un bodegón; las plantas suculentas y el abeto conformando el tocado del *Invierno*; la rama del naranjo, el geranio, las rosas y la buganvilla poniéndole galas a la *Primavera*; la flor de pascua ensangrentando una acuarela; un cúmulo de flores secas revistiendo al *Otoño* de su sayal ocroso; la neorogelia enredándose entre el capitel y las cabezas de mármol de un *jardín clásico*; las hojas del naranjo y del álamo tamizando la *Floresta*...

No cabe duda de que Antonio Ojeda es un pintor apasionado del mundo vegetal que, desoyendo a Gracián («No es menester arte donde basta naturaleza»), no se conforma con la mera contemplación de su belleza, sino que se afana en perpetuar la fugacidad de sus ciclos en el lienzo para ofrecernos el azahar de los naranjos en invierno y la flor de pascua en primavera.

Para conseguir dicho objetivo pone en juego todos los recursos que le brindan su exquisita sensibilidad y sus numerosos años de oficio, que, en opinión de nuestro llorado amigo Pazo Zuerras, se condensan en un portentoso dibujo, un gran sentido del color, una enorme capacidad de síntesis, gran habilidad y acierto a la hora de estilizar las formas y poetizar los temas y un refinado concepto de la modernidad y la elegancia.

Por obra y gracia de los pinceles de Antonio Ojeda, la mujer se erige en reina indiscutible de la fronda plétórica de savia, incuestionablemente viva, que se amalgama en sus lienzos. Y, de vez en cuando, afloran las arquitecturas clásicas y los restos arqueológicos para testimoniar el cordobesismo esencial del artista, su asumida pertenencia a un pueblo viejo y sabio que esgrime la belleza por bandera y ha tejido su ser en la urdimbre de la armonía.

El artista pone por sistema su dilatado oficio al servicio del asunto. Emplea indistintamente la espátula y el pincel. Recurre con frecuencia al collage y al monotipo. Sabe perfectamente que el color es la vida de la materia y, por ello, cuando el óleo no colma sus delirios cromáticos, se sirve con maestría del gouache y del pastel.

La dilatada experiencia de Antonio Ojeda como muralista e ilustrador aflora inevitablemente en sus últimos cuadros, pero en ellos está también presente su perenne inquietud de romper con todo lo aprendido y hacer algo nuevo.

El sol del crepúsculo alargaba ya las sombras de los árboles del jardín y, paulatinamente, iba languideciendo la rutilancia de los lienzos en la penumbra del

estudio. casi sin darme cuenta, en animada charla con el amigo y absorto en la contemplación de unos cuadros que, sin duda, habían nacido para ser expuestos en primavera, se me fue aquella tarde sin llegar a adentrarme en la sierra. No obstante, a su falda, en «El Arrayán», sentí la pujanza de la estación naciente y me envolvieron los colores, rumores y fragancias que pensaba encontrar en los aledaños del cenobio de Scala Coeli.

Así, ejerciendo su oficio con la reverencia del Angélico y envuelto por la atmósfera de paz que irradia todo lo que toca, vi al recipiendario hace poco más de un año. He de añadir ahora que los libros poblaban ordenadamente por supuesto, los anaqueles del estudio, testimoniando la pertenencia de nuestro anfitrión a la noble cofradía de los pintores cultos, que tanta gloria le ha reportado al Arte.

Hoy, en su discurso de ingreso, don Antonio Ojeda ha reafirmado dicha condición. Podía haber resuelto con toda dignidad este trámite expresamente con los pinceles, tal como le es exigible a los académicos de su gremio y es práctica habitual en ellos, pero ha tenido el pundonor de esforzarse para brindarnos sus reflexiones sobre los dos primeros volúmenes del *Museo Pictórico y escala óptica* de don Antonio Acisclo Palomino de Castro y Velasco (1655-1726), en lo que, como ha puesto de manifiesto el recipiendario, el pintor de Bujalance se ocupó de la teoría y la práctica de la pintura.

“Encontrar orientación en el bosque de mis dudas —nos dice el nuevo académico con una modestia encomiable— es cuanto pretendía obtener con mis reflexiones sobre las sabias enseñanzas de Palomino”. Esta declaración de principio y el temor a alargar en exceso nuestra contestación nos desaconsejan volver sobre los volúmenes que ya han sido objeto de análisis. No obstante, creemos conveniente hacer una somera referencia a la sólida formación que recibió en Córdoba el maestro de Bujalance y al interés del tercero de los volúmenes que integran su obra.

Pese a que vivió a caballo entre los siglos XVII y XVIII, Palomino tuvo vocación de tratadista del Renacimiento y, apoyándose en su basta erudicción y en el conocimiento de su oficio, la desarrolló a la manera de León Bautista Alberti, Vignola o Palladio. Las numerosas citas que jalonan su *Museo* nos lo revelan como un hombre cultísimo, perfecto conocedor de la lengua latina, versado en Humanidades y en las Sagradas Escrituras, y familiarizado con los autores clásicos y cristianos, así como con los tratadistas españoles, portugueses, italianos y franceses que le precedieron en su empresa.

Gaya Nuño, en su monografía sobre el pintor bujalanceño, llega a la conclusión de que debió poseer una riquísima biblioteca, ya que la abundancia y precisión de las citas parece responder más a la constante consulta de libros propios que el manejo esporádico de los ajenos.

Pensamos que Palomino debió satisfacer su insaciable curiosidad utilizando todos los libros que tuvo a su alcance, con independencia de que éstos fueran suyos o no. Pero, en cualquier caso, los sólidos cimientos de su formación se nos revelan cordobeses y adquiridos en el seminario de esta ciudad durante los años de su adolescencia, cuando el ser humano es más receptivo, y, dado el carácter tardío de su vocación pictórica, pudo dedicarse por completo al estudio. Después,

yendo como estuvo de un lado para otro —Madrid, Granada, El Paular, Valencia, Córdoba— apenas si tendría tiempo para profundizar en lo aprendido mediante el contraste y la matización que le brindaban los libros que llegaron a sus manos.

Fue también en Córdoba, ciudad a la que llegó con su familia cuando sólo tenía diez años, donde aprendió las técnicas del oficio que tan bien conoció a juzgar por el segundo volumen de su tratado. Nada sabemos de quién fue su primer maestro y es realmente raro que nos regatee dicha información. Ello ha llevado a Nina Ayala a conjeturar que debió tratarse de un pintor mediocre. No obstante es evidente que en su arte influyeron tres artistas de mérito que laboraron por aquellos años en la antigua corte de los Omeya. Me refiero a Antonio del Castillo (1616-1668), cuyo influjo le llegó a través de sus obras, pues falleció tres años después de que Palomino se afincara en esta ciudad, es decir, cuando éste sólo tenía trece años; al sevillano Juan Valdés Leal (1622-1690), de quien reconoce haber recibido valiosísima instrucción, ya que “allí faltaba —dice refiriéndose a Córdoba— quien pudiese entonces darme la luz conveniente para mi adelantamiento; y a Juan de Alfaro (h. 1640-1668), que lo animó para que se trasladara a Madrid.

Si importantes son los dos primeros volúmenes de su obra, tal como ha puesto de manifiesto el recipiendario, el tercero tiene además el atractivo de ser la primera compilación de biografías de pintores y escultores que se hizo en nuestro país. Apareció con el título de *El Parnaso Español Pintoresco Laureado* y conteniendo 226 semblanzas de otros tantos artistas.

Hasta este momento, los tratadistas españoles se habían limitado a abordar los aspectos teórico-prácticos de la pintura. Tan sólo algunos, como Pacheco o Vicente Carducho, sintieron la inquietud de intercalar ocasionalmente en sus textos referencias de la trayectoria vital de los grandes maestros. Por tanto y como ya hemos anunciado, es Palomino el primero que nos ofrece una colección sistemática de datos biográficos y artísticos sobre un nutrido grupo de maestros nacionales y extranjeros que trabajaron en España desde principios del siglo XVI.

Esta obra, con la que su autor introdujo el método biográfico de Giorgio Vasari en nuestro país, ha sido objeto permanente de consulta para los historiadores del Arte desde su aparición hasta nuestros días. Personalmente, todavía sigo acudiendo a ella para deleitarme con las sabrosas anécdotas que salpican su texto o para recordar la biografía de algún maestro. Sin desdeñar métodos ulteriores, tales como el formalista, el iconológico, el sociológico o el estructuralista —que todos pueden darnos pistas para bundar en el conocimiento de la obra de arte— sigo pensando que, tal como ya advirtiera el pintor de Bujalance, el conocimiento del artista es también importante para comperder y valorar justamente su obra.

Como no es menos cierto que la obra constituye, asimismo, un elemento de juicio para profundizar en el conocimiento de su autor. El discurso que acaba de ofrecernos don Antonio Ojeda revela, como ya esbozamos, su preocupación humanista y nos lo ofrece en paralelo con el propio Palomino. Es muy probable que fuera dicha comunión con el bujalanceño lo que determinara la elección del tema.

Y como la correspondencia entre el recipiendario y Palomino alcanza también a sus nombres, concluyo dedicándole al primero unos versos mediocres pero

indiscutiblemente proféticos, pues anunciaron la celebridad que habría de alcanzar el segundo, que tomo prestados de Clemente de Torres:

“La fama, ilustre Antonio, te corone
por sabio, por amable y por clemente,
y en sucesivos lustros te eslabone
edad feliz en ara reverente:
pues el olvido vida le antepone
tu pincel docto, Apeles elocuente”.

Córdoba, mayo de 1994.